

23

ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA
INSTITUCIÓN SAN JERÓNIMO



Rafael Aguirre (ed.)

Pedro en la Iglesia primitiva

monografías

verbo divino

PEDRO EN LA IGLESIA PRIMITIVA

ASOCIACIÓN BÍBLICA ESPAÑOLA
————— 23 —————

**Rafael Aguirre (ed.)
y otros colaboradores)**

**PEDRO EN LA IGLESIA
PRIMITIVA**

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

4ª reimpresión (año 2015)

© Editorial Verbo Divino, 1991
© Institución San Jerónimo, 1991

Printed in Spain

Imprime: Publidisa, Sevilla
Depósito legal: NA. 7159-2010

ISBN 978-84-7151-728-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INDICE

Presentación. El estudio de Pedro y de la tradición petrina en la Iglesia primitiva: naturaleza, propósito y algunas conclusiones (Rafael Aguirre)	7
La trayectoria y la geografía de la tradición petrina durante los tres primeros siglos cristianos (Santiago Guijarro)	17
La figura de Pedro en el Evangelio de Marcos (A. Rodríguez Carmona)	29
La figura de Pedro en el Evangelio de Mateo (Rafael Aguirre)	43
La figura de Pedro en la doble obra lucana (J. Rius-Camps)	61
La figura de Pedro en el Evangelio de Juan (J. Oriol Tuñi)	101
Pedro en el Corpus paulino (F. Pastor-Ramos)	107
La tradición petrina en las Cartas de Pedro (J. Cervantes)	119
Tres apócrifos no gnósticos sobre Pedro (El Apocalipsis de Pedro, El Evangelio de Pedro y Los Hechos de Pedro) (Miguel Rodríguez)	141
El apóstol Pedro en la literatura gnóstica (Gonzalo Aranda)	185
La tradición petrina en la «Pistis Sophia» (Francisco de Lucas)	213
La tradición petrina en la tradición judeocristiana (Fernando Cuenca)	223
Simón-Pedro, ideología e historicidad en las tradiciones neotestamentarias (Miguel de Burgos)	235

Presentación

EL ESTUDIO DE PEDRO Y DE LA TRADICION PETRINA EN LA IGLESIA PRIMITIVA: NATURALEZA, PROPOSITO Y ALGUNAS CONCLUSIONES

La obra que el lector tiene en sus manos versa sobre los orígenes del cristianismo, tiene un cierto carácter de rigor e incluso de especialización, y está realizada en colaboración, como la misma complejidad de la materia lo requiere. En estas páginas iniciales se explica el propósito y la metodología de la obra, así como su origen en un seminario durante tres años en el seno de la Asociación Bíblica Española.

La tradición petrina en la Iglesia primitiva.

Con frecuencia existe una visión idealizada y simplificada de los orígenes del cristianismo. Los mismos Hechos de los Apóstoles realizan ya una operación de este estilo, que ha influido decisivamente en la historia posterior. Y es normal, porque los más diversos movimientos sociales, como exigencia de su propia identidad, suelen proyectar sobre sus orígenes una imagen idealizada de sí mismos.

Sin embargo, numerosos estudios actuales, críticos y rigurosos, ponen de manifiesto que el cristianismo de los orígenes fue, al menos, tan complejo y conflictivo como el actual y probablemente más. El «cristianismo ortodoxo» no fue una realidad primera a partir de la cual se fueron desgajando ramas desviadas o heterodoxas. Más bien, al revés, la configuración de «la ortodoxia» fue el resultado de un proceso complejo y conflictivo, en el que influyeron muchos factores y en el que una línea cristiana fue prevaleciendo y dando a luz lo que se llama la «gran iglesia», marginando otras líneas, aunque no acabase nunca del todo con ellas. Bien entendido que esto tampoco equivale a la proclama de un relativismo histórico absoluto o a hacer de la historia el resultado de una simple relación de fuerzas: también es verdad que en medio de la complejidad y de la conflictividad del cristianismo nunca faltó la voluntad de buscar la verdad, la línea más correcta.

El estudio riguroso y crítico es necesario y bueno porque contribuye a la verdad, pero en el caso que nos ocupa constituye una singular aportación a la maduración de la fe. En efecto, la idealización de los orígenes del cristianismo, el poner en el pasado «la edad de oro» de la iglesia, se traduce,

con frecuencia, en una visión de su historia posterior como un mero proceso de pecado y degeneración. Con esta mentalidad la renovación de la Iglesia se convierte en la tarea ingenua e imposible de recuperar un pasado que nunca existió, saltándose todas las mediaciones históricas; en el fondo, se trata de un voluntarismo frustrante que acaba en la crítica inoperante o en la legitimación absoluta de lo que existe. Por el contrario el conocimiento de las diversas líneas existentes en el cristianismo primitivo, así como de sus tanteos y conflictos, enriquece las posibilidades del presente, rescata virtualidades inéditas o pronto olvidadas y proporciona pautas de discernimiento. La más importante función teológica del estudio histórico de los orígenes cristianos es el de ser un lugar de conversión (más que un recurso apologetico).

Pues bien, teniendo en cuenta esta pluralidad de tradiciones existentes en el cristianismo primitivo se entiende la obra que presentamos. Es una de las formas más actuales y fructíferas de estudiar los orígenes cristianos. Lo que nos proponemos es estudiar la tradición de Pedro y para ello hay que ver cómo es presentada la figura de este apóstol en los diversos escritos cristianos primitivos. Hay que tener presente que diferentes comunidades y tradiciones reivindicaban la personalidad de un apóstol o discípulo para legitimarse. Normalmente cada una de estas tradiciones tiene sus propias características teológicas y responde a un tipo de comunidad o de comunidades. Sin salirnos del canon del Nuevo Testamento es claro que unos escritos reivindican la figura de Pablo (reivindican su autoridad, ya sean auténticos suyos o ya sean de un discípulo que se las atribuye), otros reivindican a Juan (prescindiendo de si históricamente proceden de él). También en el NT y en otros escritos cristianos primitivos hay tradiciones que reivindican la autoridad de Pedro, o porque le consideran autor de los escritos (1 y 2 Pe, Evangelio de Pedro, Apocalipsis de Pedro) o porque le tienen como garante de la tradición que transmiten (Evangelio de Mc y Mt).

Naturalmente hay también tradiciones que polemizan en nombre de un apóstol con los que se basan en la autoridad de otro. En nombre de Pedro las Pseudoclementinas combaten tradiciones que se difundían en nombre de Pablo. Es evidente que grupos heterodoxos, por ejemplo el marcionismo, se apoyaban en Pablo para combatir a la gran iglesia. En el otro extremo, sectores judeocristianos reivindicaban el nombre de Santiago, el hermano del Señor. ¿Una determinada corriente joánica no crítica en nombre de «el discípulo amado» al cristianismo petrino?

Al estudiar la figura de Pedro abordamos una tradición central del cristianismo primitivo; al mismo tiempo veremos su relación con otras corrientes cristianas existentes. ¿Cómo son las tradiciones que reivindican el nombre de Pedro y se legitiman en su nombre?, ¿tienen características comunes?, ¿se descubre una evolución en la consideración de Pedro?, ¿se

puede deducir algo sobre el tipo de comunidades que lo erigen en su figura principal?, ¿cómo se relaciona con otras tradiciones?.

La «trayectoria» petrina

«Trayectoria» es un término introducido en los estudios del cristianismo primitivo por la famosa obra de J.M. Robinson y H. Köster *Trajectories through Early Christianity* (Philadelphia 1971). Es un término que dice más que el género de «tradición», de modo que aclararlo brevemente nos ayuda a precisar el método de nuestro estudio.

Con la palabra «trayectorias» se quiere indicar el carácter dinámico y evolutivo de las diversas tradiciones. No basta con la consideración de las influencias que una tradición experimenta en un momento determinado. «Trayectoria» obliga a pensar las influencias en movimiento, como un proceso evolutivo y complejo. Al estudiar una tradición del cristianismo primitivo es muy importante situarla por referencia a otras, descubrir sus influencias, quizá conflictivas, individuar los factores que condicionan su plasmación y evolución, situar cada uno de sus momentos en su trayectoria, es decir relacionándolos con lo anterior y lo posterior, porque todo ello son, en mi opinión, claves hermenéuticas de su interpretación.

El estudio de las trayectorias del cristianismo primitivo se puede realizar, y de hecho se realiza, a partir de criterios diversos:

a) *Trayectorias de tradiciones literarias*. Por ejemplo el estudio de la trayectoria de los «Logia» (Q, Evangelio de Tomás) o del Kerigma de la muerte y resurrección que se realiza en el libro de Robinson y Köster antes mencionado. A través del estudio sucesivo de Marcos, Mateo y Lucas-Hechos podemos ver la trayectoria de la tradición narrativa en el NT. La colección de milagros que posiblemente Mc usa, la fuente de los signos en Juan, el evangelio de la infancia del Psdeudo Tomás, presenta el desarrollo de la trayectoria de la tradición literaria de los milagros.

b) *Trayectoria del cristiano de una ciudad determinada*. Una obra modélica es la de R. Brown y J.P. Meier, *Antioch and Rome* (New York 1983), que estudia la evolución del cristianismo de estas dos grandes ciudades a lo largo de las tres primeras generaciones¹.

c) *Trayectorias de las tradiciones* que reivindican la autoridad de un apóstol determinado. Su estudio tiene que considerar principalmente las obras de

¹ Este método se ha seguido en la colección «Iglesias del Nuevo Testamento», promovida por el Departamento Bíblico de la Universidad de Deusto. Han aparecido: R. Aguirre, *La Iglesia de Jerusalén*, Bilbao 1989; *La Iglesia de Antioquia de Siria*, Bilbao 1988; J.A. Ubieta, *La Iglesia de Tesalónica*, Bilbao 1988; J. de Goitia, *La Iglesia de Roma*, Bilbao 1988.

un apóstol (cartas auténticas de Pablo) o atribuidas a él (casos de pseudo-epigrafía), así como las tradiciones que hablan de él con más o menos claridad. Ultimamente se han publicado obras muy estimables sobre la trayectoria joánica². No es este el lugar para hacer un elenco bibliográfico de los innumerables trabajos sobre la trayectoria paulina, que partiendo de las cartas auténticas del apóstol, siguen con las postpaulinas y deuteropaulinas, para después examinar los avatares, a veces contradictorios, de la tradición paulina y su recepción en la iglesia posterior. La misma extensión de las obras atribuidas a Pablo en el NT, la clara evolución que en ellas se detecta y las relaciones expresas con otras tradiciones (por ejemplo con la de Pedro y con la de Santiago), provocan fácilmente un tipo de estudio evolutivo y relacional³.

Naturalmente el estudio de la tradición petrina ha sido abordado otras veces, algunas desde la perspectiva de identificar su trayectoria⁴. El estudio de la trayectoria petrina aspira a situarla en el conjunto de la evolución de la literatura cristiana primitiva y en el proceso de la vida misma del cristianismo de los orígenes. Por ello es obvio que nuestro trabajo no podía circunscribirse a los escritos canónicos del NT, sino que tenía que abarcar el resto de la primitiva literatura cristiana (apócrifa y escritores eclesiásticos). Una de las mayores aportaciones de la presente obra reside precisamente en la amplitud y seriedad con que se estudian varios libros apócrifos, lo que supone introducir una vía novedosa en la investigación bíblica española; es también, quizá, la aportación más importante que aquí se realiza al conocimiento de la trayectoria petrina.

² R.E. Brown, *La comunidad del discípulo amado*, Salamanca 1983. Original americano de 1979; J.L. Martyn, *The gospel of John in christian history*, New York 1978; M.E. Boismard - A. Lamquille, *L'Évangile de Jean*, Paris 1977: la teoría de estos autores sobre las sucesivas redacciones del evangelio de Juan, en el fondo, presenta la trayectoria joánica.

³ Una obra informativamente valiosa desde esta perspectiva es la de G. Barbaggio, *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*, Salamanca 1989. También ha sido estudiada la trayectoria de la tradición de Santiago: S.K. Brown, *James: A religio-historical Study of the relations between Jewish, Gnostic and Catholic Christianity in the early period through an investigation of the tradition about James the Lord's brother*, Michigan 1972; W. Pratscher, *Der Herrenbruder Jakobus und die Jakobustradition*, Göttingen 1987.

⁴ O. Cullmann, *Saint Pierre, Disciple-Apôtre-Martyr. Histoire et théologie*, Neuchâtel 1952; R.E. Brown, K.P. Donfried, J. Reumann, *Pedro en el NT*, Santander 1976; R. Pesch, *Simon-Petrus. Geschichte und geschichtliche Bedeutung des ersten Jüngers Christi*, Stuttgart 1980; T.V. Smith, *Petrine Controversies in Early Christianity. Attitudes towards Peter in Christian Writings of the First Two Centuries*, Tübingen 1985; C.P. Thiede, *Simon Peter. From Galilee to Rom*, Exeter 1986; C.P. Thiede, *Das Petrusbild in der neueren Forschung*, Wuppertal 1985. Estas obras han sido presentadas y analizadas por J.P. Tosaú, «Algunas publicaciones recientes sobre San Pedro», *EstBib* XLVI (1988) 375-398.

Origen de la presente obra

La presente obra es un trabajo en colaboración realizado durante tres años en sesiones sucesivas de un seminario de la Asociación Bíblica Española, convocado bajo el título genérico de «Orígenes del cristianismo».

Inmediatamente hay que decir al lector que presentamos no una serie de aportaciones independientes, sino una obra con voluntad de ser unitaria, tanto por el tema como porque los autores han discutido sus opiniones, reelaborado sus escritos, y se han esforzado por llegar, al final, a ciertas conclusiones. Pero no es la obra de un solo autor y subsisten diferencias de criterios, que puede ser hasta bueno, y existen lagunas, lo que es malo aunque muy explicable en un trabajo que pretendía coordinar tantas especialidades y tantas personas (y todo ello a base de desinterés y entusiasmo, sin ayuda material de ningún tipo). J.O. Tuñí, autor del trabajo de Pedro en la tradición joánica, ha sido elegido Provincial de su Orden y no ha podido reelaborar y ampliar su colaboración, que dio lugar a una vivísima discusión.

Antes he dicho que el estudio de los apócrifos es amplio y riguroso, pero sin embargo no ha sido posible contar con estudios sobre la tradición petrina en los primeros Padres de la Iglesia. Tampoco contamos con la aportación de la arqueología de Cafarnaum y Roma al conocimiento de la tradición petrina, pese a que tales temas fueron presentados y discutidos en el seminario. Sin duda que estas lagunas perjudican a la presente obra, pero, en mi opinión, no le afectan de forma grave o sustancial.

No me resisto a subrayar el interés de este libro en el mundo bíblico en lengua castellana. En estos últimos veinte años los estudios bíblicos han conocido un auge espectacular en España, sobre todo en dos campos: el estudio del AT desde el punto de vista literario y el de la literatura judía intertestamentaria, particularmente el targum. Hemos tenido la suerte de contar con dos auténticos maestros, que han creado escuelas, Alonso Schökel en el primer campo y Díez Macho en el segundo. Se puede decir sin exageración que la producción española en estas materias ocupa puestos de cabecera en el mundo científico. Pero sentíamos la necesidad en la Asociación Bíblica de fomentar líneas de investigación rigurosa en el Nuevo Testamento. Así nació el seminario que ha dado origen a este libro.

Nuestro seminario lleva un título -«Orígenes del cristianismo»- que expresa claramente la voluntad de situar los escritos del NT en la vida del cristianismo primitivo. Naturalmente se pueden elegir otras ópticas, pero nosotros optamos por una que es de la máxima actualidad, quizá sobre todo en el mundo anglosajón y tiene, además, la ventaja de introducir en el mundo bíblico hispano-parlante una línea de investigación no cultivada en la tradición académica en la que se han formado la inmensa mayoría de los biblistas españoles.

El primer estudio (S. Guijarro) presenta una visión de conjunto de la trayectoria petrina durante los tres primeros siglos con atención particular a su desplazamiento y evolución geográfica. Es un trabajo que supone los análisis particulares que vienen a continuación, pero cuya lectura al inicio es sumamente instructiva. A continuación viene un bloque en el que se estudia la figura de Pedro en los escritos del NT: Mc (A.R. Carmona), Mt (R. Aguirre), Lucas y Hechos (J. Rius Camps), Juan (J.O. Tuñí), Corpus paulino (F. Pastor), Cartas de Pedro (J. Cervantes). El bloque siguiente aborda el estudio de la figura de Pedro y de la trayectoria petrina en los apócrifos: hay dos trabajos particularmente minuciosos y cuya importancia conviene subrayar, uno sobre los apócrifos no gnósticos (M. Rodríguez) y otro sobre los gnósticos (G. Aranda); siguen después dos estudios sobre apócrifos particulares: sobre la Pistis Sophia (F. de Lucas) y sobre las Pseudoclementinas (F. Cuenca). El último artículo versa sobre un problema que no podíamos dejar de lado: el Pedro histórico a la luz de una lectura crítica de los evangelios.

Algunas conclusiones sobre la trayectoria de la tradición petrina

Presento en este apartado una serie de características de la tradición petrina del cristianismo primitivo. No pretendo realizar una síntesis completa de la gran riqueza y variedad de los trabajos que siguen. Este apartado complementa el artículo de S. Guijarro y puede ayudar a una mejor comprensión del resto de la obra.

1. Determinados rasgos caracterizan en la literatura cristiana primitiva a cada una de las grandes figuras (Pedro, Pablo, Juan, Santiago, el hermano del Señor). Igualmente la tradición que reivindica su memoria tiene, hasta cierto punto, sus propias características.

Pero hay que añadir que cada tradición no es plenamente homogénea, sino que presenta unas ciertas diversidades y hasta contradicciones. Tampoco su evolución es plenamente lineal y uniforme. A veces grupos enfrentados entre sí reivindican a un mismo apóstol para legitimarse. Esto es claro en la tradición paulina, en la joánica y también, aunque en menor medida, en la petrina.

2. La tradición petrina se caracteriza por ser una tradición de mediación y de síntesis. Es muy aventurado afirmarlo, pero quizá fue esta una característica de la actitud personal de Pedro, puesta de manifiesto ya en la mediación entre Pablo y Santiago en el incidente de Antioquía.

A Pedro se le emparenta, en diversos escritos, con otros apóstoles, los cuales dan pie a tradiciones muy diferentes entre sí: Pedro y Juan (Hch, Jn), Pedro y Pablo (Hch, 1 Pe, Ignacio de Antioquía, 1 Clemente), Pedro y

Santiago (Pseudoclementinas). Pedro no es tan «liberal» como Pablo ni tan judaizante como Santiago. Ciertamente hay un petrinismo gnóstico (lo demuestra el trabajo de G. Aranda, contra una opinión corriente que considera radicalmente antipetrino a todo el gnosticismo heterodoxo) y un petrinismo judeocristiano radical (Pseudoclementinas). Pero tanto el gnosticismo como el judeocristianismo recurre con mucha más frecuencia y facilidad a otros apóstoles para legitimarse.

El evangelio de Mateo, exponente de la tradición petrina y que afirma la autoridad de Pedro, es una obra de mediación y síntesis, lo cual no es ajeno a la consideración de que ha gozado en la gran Iglesia.

Se ha notado que otra obra de la tradición petrina, la primera carta de Pedro, es una síntesis de gran madurez teológica en una fase avanzada del NT⁵. 1 Pe hace de puente entre Pablo y Santiago en la polaridad fe - obras, entre la eclesiología carismática de Pablo y la eclesiología de ministerios institucionalizados, según el estilo presbiterial judío, de las Pastorales; también hace de puente entre la concepción universalista del amor de los sinópticos y la limitada a la propia comunidad cristiana de Juan, aunque ello suponga que 1 Pe al subrayar el amor a los hermanos (1,22; 4,9; 14; 4,8;2,17) evite los radicalismos de no amar al mundo (1 Jn 2,15) y del amor a los enemigos (Mt 5,43-44; Lc 6,27-28).

3. En la tradición petrina hay escritos que, recurriendo a la pseudo-epigrafía, consideran a Pedro su autor (1 y 2 de Pedro, Apocalipsis de Pedro, Evangelio de Pedro, Kerigma de Pedro).

La autoridad de Pedro es reivindicada por una corriente central del NT, pero es también reconocida por las tradiciones que se amparan en Pablo y en Juan. Así mismo es reivindicada por un grupo de escritos populares, no propiamente heréticos aunque sí teológicamente desviados (AP, KP, Hechos de Pedro). De forma minoritaria hay escritos claramente heréticos que también reivindican su autoridad.

Llama la atención la gran extensión geográfica de la tradición petrina: Siria (Mt, EP, Ignacio de Antioquía), Roma (1 Pe, Carta de Clemente), Asia Menor (Hch Pe, cfr. 1 Pe 1,1), Egipto (AP, KP).

La tradición petrina acabó siendo la hegemónica en la gran Iglesia. Probablemente se puede afirmar lo mismo del canon del NT, en la medida en que lo tomemos sincrónicamente y como una unidad. Por supuesto, la tradición petrina nunca eliminó a las demás.

⁵ A. Vanhoye, «1 Pierre au carrefour des théologies du Nouveau Testament», en *Etudes sur la première lettre de Pierre*, ed. por la Asociación Católica Francesa para l'étude de la Bible, Paris 1980, 77-128.

4. La tradición hegemónica se esfuerza por acercar y reconciliar a la tradición paulina y a la petrina. Hubo tensiones y enfrentamientos entre ellas, que se perciben incluso en el evangelio de Mateo.

Esta reconciliación es manifiesta en dos eximios representantes de la gran Iglesia, Clemente de Roma e Ignacio de Antioquía. La presentación que realiza Lc en Hch responde a esta misma intención: es un Pedro muy paulino (el texto más paulino, Hch 15,11, está puesto en boca de Pedro) y un Pablo petrino (judeocristiano moderado). En Hechos han desaparecido los conflictos de la carta a los Gálatas, del evangelio de Mateo y de la carta de Santiago, por no hablar más que de escritos canónicos.

Unos peligros idénticos o muy similares se combaten en nombre de Pedro, en 1 Pe, y en nombre de Pablo, en las Pastorales, peligros que derivan probablemente de interpretaciones del paulinismo y se localizan en Asia Menor. No es ciertamente ninguna casualidad que muchos autores hablen del «paulinismo» de 1 Pe. En 2 Pe aparece «Pedro» de acuerdo con Pablo, pero preocupado por la recta interpretación de éste, lo que revela que amparados en su nombre circulaban corrientes heterodoxas (2 Pe 3,15-17).

5. La tradición narrativa en el cristianismo primitivo tiene una especial relación con Pedro, se legitima en su nombre. Hay una trayectoria clara que va del evangelio de Marcos (que según el testimonio de Papias recoge la predicación de Pedro), por el de Mateo (que reivindica la autoridad de Pedro para su obra como el recto intérprete de la enseñanza de Jesús), hasta el evangelio de Pedro (que considera al apóstol autor de la obra). La razón es obvia: cuando se trata de narrar las palabras y los hechos de Jesús se acude a la autoridad de Pedro, el primer llamado, el primero que le confesó, el primer testigo de la resurrección (según un credo oficial y antiguo, cfr. 1 Cor 15,5), el que estuvo a su lado en los momentos más importantes⁶.

6. Acabo de apuntar un elemento clave: ¿cómo fundamenta la tradición petrina la preeminencia de este apóstol?

Juega un papel constante y decisivo el texto de Mt 16,16ss. La tradición oficial pronto avala también la autoridad de Pedro por ser el primer testigo de la resurrección (1 Cor 15,5), tradición que, en mi opinión, suplanta a otra más antigua según la cual eran las mujeres las que desempeñaban este papel. Posteriormente se recurre a su papel de testigo de la transfiguración de

⁶ En su reciente obra de crítica literaria sobre los Hechos, Boismard llega a la conclusión de que detrás de Hch 1-12 hay una antigua tradición a la que da el nombre de Documento P y que está dominada por la figura de Pedro. Sospecha que hay una tradición común detrás del Evangelio de Pedro y del Documento P, basándose en el papel activo en ambos de Herodes en la condena de Jesús (cfr. Hch 4,27). Y sugiere la posibilidad de que las tradiciones comunes a Lc y Jn procedan de ese documento P, que se trataría de un escrito arcaico, de origen palestino e influenciado por la cultura griega, que Orígenes ha conocido bajo el nombre de «Memorias de Pedro». Cfr. M.E. Boismard y A. Lamquille, *Les Actes des Apôtres. I. Introduction-Textes*, París 1990, 13-16.

Jesús para justificar la función descollante de Pedro (2 Pe, 1,16-18; Ap 14; Hch Pe cap. 14. 23). La escena de la transfiguración adquiere importancia como prueba de la divinidad de Jesús, de la que Pedro es testigo. Tanto la confesión de Cesarea con la promesa consiguiente, como el carácter de testigo de la transfiguración y de la resurrección, eran también fácilmente desarrollables por el gnosticismo en su afán de hacer de Pedro receptor de revelaciones nuevas y esotéricas.

7. Para acabar recapitulo, cronológicamente en lo posible, las diversas imágenes de Pedro en el NT.

Es discípulo de Jesús, el primer llamado (tradicción sinóptica), el primero en la lista de los Doce y su portavoz, roca de la Iglesia (Mateo), columna de la comunidad (Pablo), intérprete de la enseñanza de Jesús (Mateo). Débil y pecador representa la incapacidad de los discípulos para entender y seguir a Jesús por el camino de la cruz. Es ejemplo de conversión. Es apóstol y misionero (Pablo, Hch), testigo de la resurrección (kerigma primitivo), testigo y mártir (1 Pe, Jn 21), pastor (Jn 21, 1 Pe), copresbítero (1 Pe), receptor, transmisor e intérprete ortodoxo de la revelación (2 Pe).

Rafael Aguirre
Universidad de Deusto. Bilbao

LA TRAYECTORIA Y LA GEOGRAFIA DE LA TRADICION PETRINA DURANTE LAS TRES PRIMERAS GENERACIONES CRISTIANAS

Santiago Guijarro
Casa de la Biblia. Madrid

Introducción

La visión de los orígenes del cristianismo que ofrece el libro de los Hechos de los Apóstoles ha contribuido decisivamente a crear una imagen uniforme y homogénea de las primeras iglesias cristianas. Sin embargo, un estudio más detenido de las fuentes descubre que el cristianismo naciente fue plural. Dentro de él coexistieron diversas formas de vivir la fe en Jesús, determinadas por distintas concepciones teológicas y por situaciones históricas diferentes.

Un fenómeno característico fue la existencia de diversas tradiciones, vinculadas a un lugar geográfico concreto, y referidas a la autoridad de determinados apóstoles¹. La autoridad de estos apóstoles servía para legitimar una visión teológica, sobre la que se fundamentaba una praxis concreta. Las tradiciones más importantes invocaban la autoridad de Pablo, Pedro, Tomás, Juan y Santiago. Durante algunos años estas diversas tradiciones convivieron y se fecundaron mutuamente, pero con el tiempo la tradición más directamente vinculada a Pedro asimiló o desplazó, al menos en occidente, a las demás tradiciones apostólicas², convirtiéndose en la tradición hegemónica, frente a la que se definían otras corrientes, consideradas como heterodoxas, y que por esta razón han tenido menos influencia en la historia posterior de la Iglesia.

El objeto de este trabajo es rastrear la trayectoria de la tradición referida a Pedro a lo largo de las tres primeras generaciones cristianas (33-150 d.C.), y delimitar el área geográfica de su influencia durante este período de tiempo. Para ello me serviré, no sólo de los escritos canónicos del NT, sino también de los escritos apostólicos y apócrifos, que ofrecen muchos datos interesantes para conocer la trayectoria y la geografía de la tradición petrina³.

¹ H. Köster, *Introducción al Nuevo Testamento* (Salamanca 1988) 501-502.

² R.E. Brown - K.P. Donfried - J. Rewmann (Ed.), *Pedro en el Nuevo Testamento* (Santander 1976) 156.

³ La mayor parte de estos escritos contienen materiales procedentes de diversas tradiciones. Tal es el caso de Mt y 1 Pe. Véase R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome*

Siguiendo la terminología propuesta por R. Brown⁴ distinguiré tres épocas o períodos: el período apostólico, el período sub-apostólico y el período post-apostólico que corresponden a las tres primeras generaciones cristianas. Estos tres períodos delimitan tres etapas bien definidas en la configuración y evolución de la tradición petrina.

1. Período Apostólico (33-66 d. C.)

Este primer período, que corresponde a la primera generación cristiana, coincide con el ministerio de Pedro. Durante estos años la actividad misionera de Pedro y su lugar privilegiado en el grupo de los doce, como testigo de la resurrección de Jesús, pusieron las bases de lo que llegará a ser la tradición petrina.

Al contrario de lo que ocurre con la paulina, no contamos con escritos relacionados con Pedro que hayan sido editados en estos primeros años. No obstante, aprovechando algunas indicaciones dispersas en el Nuevo Testamento (especialmente Hch, Gal y 1 Cor) podemos recuperar algunos datos significativos de su actividad.

A partir de Hch y Gal pueden reconstruirse tres visitas de Pablo a Jerusalén. El objeto de la primera fue hablar con Pedro (Gal 1,18), que por entonces ocupaba un puesto principal en dicha comunidad. Diez años después, con motivo del concilio de Jerusalén, Pedro sigue siendo una de las «columnas» (Gal 2,9) de la comunidad, pero su importancia disminuye, al tiempo que crece la de Santiago. Por entonces Pedro se encontraba ya en Antioquía (Gal 2,11-14) y según el testimonio de Hch 10-11 había anunciado el evangelio en la zona costera de Palestina. Cuando Pablo va a Jerusalén por última vez (Hch 21), Pedro ya ni siquiera está allí. Es Santiago quien se encuentra al frente de la comunidad.

La situación de Pedro durante estas tres visitas de Pablo refleja un progresivo distanciamiento con respecto a la comunidad de Jerusalén. Este distanciamiento puede explicarse, en parte, por la actividad misionera que Pedro llevó a cabo (1 Cor 9,5), y que confirma la existencia de un grupo vinculado a él en Corinto (1 Cor 1,12). Sin embargo es probable que este alejamiento se deba más bien a las diferencias teológicas entre el grupo de Santiago (más cercano al judaísmo) y el de Pedro (más abierto a los gentiles), que se reflejan en Hch 15, a pesar de los esfuerzos realizados por el autor de Hechos para conciliar ambas posiciones.

(London 1983) 51-72 y 133-139. Pero no es difícil descubrir en ellas los rasgos característicos de dichas tradiciones.

⁴ R.E.Brown, *Las iglesias que los apóstoles nos dejaron* (Bilbao 1986) 15-16.

Después del concilio de Jerusalén Pedro permaneció en Antioquía. Fue entonces cuando tuvo lugar la discusión entre él y Pablo, a propósito de la comunión de mesa con los gentiles, uno de los temas abordados probablemente en la reunión de Jerusalén (véase Gal 2,11-14). En este caso, Pedro representaba la postura más conservadora; y Pablo, la más abierta. El resultado de este enfrentamiento fue la salida de Pablo de Antioquía, para evitar un cisma dentro de la comunidad⁵.

El distanciamiento de Pedro con respecto a Jerusalén y la salida de Pablo de Antioquía no son sólo acontecimientos que afecten a estos personajes. Tanto Pedro como Pablo aparecen en los primeros escritos cristianos como representantes de diversas posturas, especialmente en lo que se refiere a la obligatoriedad de las prácticas judías para los que se convierten al cristianismo. En realidad, detrás de estos acontecimientos históricos puede percibirse una cierta tensión, y una primera delimitación de las áreas geográficas en las que se implantaron las tradiciones representadas por ellos. La postura más cercana al judaísmo estaba representada por Santiago, el hermano del Señor, y fijó su residencia en Jerusalén; la actitud moderada y de diálogo, estaba representada por Pedro y se instaló en Antioquía y sus alrededores; finalmente la posición más aperturista de Pablo se acabó implantando en Grecia y Asia Menor, las regiones evangelizadas por él y sus compañeros. Estos fueron los lugares más directamente vinculados a dichas tradiciones, pero no los únicos, pues a veces diversas posturas entraban en conflicto en una misma ciudad, como ocurrió en Antioquía (Gal 2,11-14) y en Corinto (1 Cor 1,12).

Así pues, podemos decir que Antioquía y sus regiones limítrofes fueron el ámbito geográfico donde se implantó la tradición de Pedro, debido en gran parte a la presencia del apóstol en esta ciudad⁶. Fue desde allí desde donde se extendió, como veremos, a otras regiones, y a ello contribuyó en gran medida la tradición misionera de esta comunidad y la autoridad de Pedro, como testigo privilegiado de la resurrección del Señor.

La tradición cristiana, basándose en las afirmaciones de la primera carta de Clemente (1 Clem 5,2-4) afirma que Pedro murió martirizado en Roma durante la persecución de Nerón. Parece que existen incluso datos arqueológicos fiables para afirmar que fue enterrado allí⁷. No es extraño pensar, dada la movilidad de Pedro, y las comunicaciones existentes entre Antioquía y Roma, que Pedro llevara consigo a la capital del imperio los postulados que se habían impuestos en la comunidad de Antioquía. Este

⁵ R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 40-41.

⁶ H. Köster, *Introducción al NT* (Salamanca 1988) 676. R.E. Brown, «Not jewish christianity and gentile christianity but types of jewish-gentile christianity» *CBQ* 45 (1983) 77.

⁷ R.E. Brown y otros, *Pedro en el NT* (Santander 1976) 28-29.

hecho histórico es la base sobre la que se sustenta la posterior implantación de la tradición petrina en Roma.

Una vez descrita la geografía de la tradición petrina durante la primera generación cristiana, podemos preguntarnos cuáles eran sus principales acentos y cómo era el grupo de cristianos que la encarnaba.

Según Köster⁸ el centro teológico de la tradición petrina era el kerigma de la muerte y resurrección de Jesús, de las que Pedro fue el primero y más importante testigo entre los apóstoles. La autoridad de Pedro se basa fundamentalmente en este dato, que poco a poco fue aglutinando en torno a sí otras tradiciones sobre las palabras y los milagros de Jesús.

F. Vouga en un interesante estudio sobre la geografía de los cristianos primitivos identifica el grupo de Pedro con los carismáticos itinerantes descritos por Theissen y define a este grupo como «judeo-cristianismo palestinese misionero». Según él, aunque los orígenes de este grupo fueron rurales, fue a través de Antioquía y de las tradiciones helenísticas como su voz llegó a los evangelios⁹.

Finalmente, R. Brown describe el grupo vinculado a Pedro como «judeo-cristianos y sus conversos gentiles que no insisten en la circuncisión como algo necesario para la salvación de los cristianos de origen gentil, pero exigen el cumplimiento de algunas leyes de pureza ritual»¹⁰.

Todas estas observaciones no se excluyen, sino que se complementan, dibujando una imagen aproximada de lo que debió ser el cristianismo de corte petrino en este primer período del cristianismo naciente; enraizado en el testimonio personal de Pedro (testigo de excepción de las enseñanzas de Jesús, y sobre todo de su resurrección), conservó la radicalidad ética del grupo itinerante de Jesús, y abrió el mensaje cristiano a los no judíos. Desde Jerusalén llegó a Antioquía, pasando por la región costera de Palestina, y probablemente por Galilea, el país natal de Pedro¹¹. Fue en Antioquía donde sus raíces se hicieron más sólidas. Desde esta ciudad la influencia de Pedro llegó hasta Corinto y muy probablemente a Roma. De este modo

⁸ H. Köster, *Introducción al NT* (Salamanca 1988) 677.

⁹ F. Vouga, «Pour une géographie théologique des christianismes primitifs» *EtThRe* 59 (1984) 141-149. G. Theissen, *Sociología del movimiento de Jesús* (Santander 1979) 13-20.

¹⁰ Este autor distingue cuatro grupos bien definidos y sitúa acertadamente la tradición de Pedro entre la postura más extremista de la iglesia de Jerusalén, y la más abierta de las comunidades paulinas. Menos acertada parece la relación que establece entre las figuras de Santiago y Pedro, al relacionar ambos personajes con el mismo grupo. Véase R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 3-4.

¹¹ Hay suficientes datos para documentar la existencia de una comunidad cristiana que se reunía en la casa de Pedro en Cafarnaún en el último tercio del siglo I d. C. Véase S. Loffreda, *Recovering Cafarnaum*, (Jerusalem 1985) 57.

queda ya delimitado el esquema básico de la tradición petrina, que pivota sobre tres ejes: Jerusalén, Antioquía y Roma ¹².

2. *Período Sub-Apostólico (66-100 d. C.)*

La característica más notable de este período es la desaparición de los testigos oculares de la vida de Jesús. Se trata de un espacio de tiempo muy interesante para conocer la historia del cristianismo naciente. En él las iglesias tuvieron que afrontar la tarea de dar continuidad al movimiento impulsado por los discípulos del resucitado, y lo hicieron invocando el nombre de estos mismos apóstoles como garantes de la tradición que habían recibido.

Fue en esta época cuando se redactó la mayor parte de los escritos del NT, algunos de los cuales están vinculados a la tradición petrina. Para estudiar la evolución de dicha tradición aludiremos sobre todo a estos escritos, así como a otros no incluidos en el NT. Todos ellos pueden vincularse, según su origen más probable, a dos centros geográficos: Antioquía de Siria (Mt y probablemente Mc) y Roma (1 Pe y 1 Clem), A estos dos centros geográficos hay que añadir una amplia zona situada al norte de Asia Menor, cuyas principales regiones figuran como destinatarias de la carta que en nombre de Pedro les dirige la comunidad de Roma (1 Pe).

¹² Los escritos pseudoclementinos confirman básicamente este esquema geográfico con su descripción del «itinerario de Pedro»:

De Cesarea a Tiro (Hom, III, 73,2)

De Tiro a Trípoli (Hom, VIII, 1,1)

De Trípoli a Antioquía (Hom, XII, 1,1)

De Antioquía a Roma (Rec, III, 65)

Estancia en Roma (EpCle, 1,5)

La mayoría de los estudios sobre Pedro y la tradición petrina coinciden también en estas apreciaciones.

O. Cullmann, *Saint Pierre, Disciple - Apôtre - Martyr* (Neuchâtel 1952) 45-48, habla de tres centros de misión a los que Pedro está vinculado: Antioquía, Corinto y Roma; pero sólo admite como demostrada la presencia de Pedro en Antioquía y Roma.

R. Pesch, *Simon-Petrus, Geschichte und geistliche Bedeutung des ersten Jüngers Jesu Christi* (Stuttgart 1980), habla de su estancia en Jerusalén (p. 63) y Antioquía (p. 105), y analiza las posibilidades de una estancia en Corinto (p. 106) y en Roma (pp. 109-134). Según él las pruebas a favor de la estancia en Corinto no son concluyentes, sin embargo, parece bastante probable su estancia en Roma.

M. Hengel, «Petrus und die Heidenmission», en C.P. Thiede (Ed), *Das Petrusbild in der neuen Forschung* (Wuppertal 1987) 163-170, se mantiene en la línea de Cullmann y Pesch, añadiendo que tras el incidente de Antioquía, las comunidades de toda Siria sintieron el influjo de Pedro (p. 168).

Siria

Antioquía parece haber sido el crisol de diversos grupos cristianos. Con esta ciudad está relacionada la misión de los helenistas (Hch 11,19-21), la de Pablo, y también la actividad de Pedro. La imagen que percibimos es la de una gran comunidad en la que confluyeron diversas tradiciones vinculadas a diversos apóstoles. Esto significa que al cabo de algún tiempo dichas tradiciones se fundieron, y resulta difícil decir, qué pertenece a cada una de ellas. Esta fusión se fue realizando desde el principio, pero se manifiesta de forma más clara en los escritos de este período.

Hoy la mayoría de los autores sitúa en Antioquía la composición del evangelio de Mateo durante este período¹³. Ahora bien, este evangelio presenta a Pedro como el supremo maestro de la iglesia¹⁴. Mateo resalta notablemente la figura de Pedro, porque ve en la tradición vinculada a él el centro moderado y el punto de encuentro para las diversas tradiciones existentes en la comunidad¹⁵.

Es menos seguro que Mc haya escrito en Siria, pero no hay duda de que muy pronto fue conocido y utilizado en aquellas iglesias, y de que fue este evangelista el que comenzó la fusión de las diversas tradiciones.

F. Vouga, apoyándose en las aportaciones de Köster¹⁶ propone una reconstrucción que aclara cuál es el papel que jugó la tradición petrina en la composición de los dos primeros evangelios. Según esta hipótesis, Marcos heredó de Antioquía la «theologia crucis», que era el punto central del kerigma petrino, e hizo de ella el principio organizativo de su relato, reinterpretaando el radicalismo de dicha tradición en el sentido de una llamada al seguimiento del crucificado. Evidentemente añadió a este nervio central otras tradiciones de diversa índole. Mateo completó la obra incorporando las tradiciones de Jerusalén a la obra de Marcos. De este modo adoptaba una postura intermedia entre los seguidores de Santiago y los de Pablo, que fue precisamente la postura que dominó en Antioquía¹⁷.

¹³ E. Schweizer, «Matthew's church» en G. Stanton (Ed.) *The interpretation of Matthew* (Philadelphia - London 1983) 129, R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 15-27.

¹⁴ R.E. Brown y otros, *Pedro en el NT* (Santander 1976) 77-104. Véase también la colaboración de R. Aguirre en este mismo volumen.

¹⁵ R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 67. Una presentación sugerente de dichas tendencias en pp. 51-57.

¹⁶ F. Vouga, *art. cit.* en nota (9), 148. H. Köster, *Introducción al NT* (Salamanca 1988) 681-695.

¹⁷ R.E. Brown, *Las iglesias que los apóstoles nos dejaron* (Bilbao 1986) 125. R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 67.

Así pues, en ambos evangelios se transmitieron los principales elementos de la tradición vinculada a Pedro.

La característica principal de esta tradición en el período subapostólico es la de ofrecer un punto de encuentro a las diversas tradiciones, que se van congregando en torno a la figura de Pedro, como suprema autoridad dentro del cristianismo sirio.

Precisamente en Siria y en esta época se produjo un intenso acercamiento entre la tradición petrina y la joánica. El capítulo 21 del evangelio de Juan fue añadido a la obra original, con la intención de vincular la tradición joánica, originalmente independiente, a la de Pedro. En Jn 21 el discípulo amado aparece en cierto modo subordinado a Pedro, a quien Jesús confía una misión pastoral sobre la Iglesia. Añadiendo este capítulo a la obra original, la mayor parte de las iglesias joánicas se unieron a la gran Iglesia, representada por la figura de Pedro¹⁸.

Así pues, podemos afirmar que a finales de la época sub-apostólica la tradición de Pedro se había convertido en la región de Siria en un punto de referencia. En torno a ella se fueron aglutinando otras tradiciones, que reconocían la autoridad de Pedro, como testigo de la resurrección de Jesús, y como maestro de la comunidad, Antioquía y las regiones limítrofes serán en adelante el hogar de la tradición petrina, y por eso es en esta región donde surgirán, como veremos, la mayor parte de los escritos apócrifos atribuidos a Pedro.

Roma

En primer lugar tenemos que aclarar si efectivamente Pedro vivió en Roma los últimos años de su vida y murió allí. La tradición cristiana más antigua así lo afirma unánimemente, y recientes excavaciones arqueológicas apoyan dicha tradición. Es, pues, un hecho históricamente bastante probable, que explicaría la implantación en Roma desde muy temprano de un cristianismo más vinculado a sus raíces judías que el de Pablo. Precisamente la breve noticia de Suetonio en su *Vida de Claudio*, sobre la expulsión de los judíos de Roma en el año 49 d. C. debido a los constantes alborotos que provocaban «instigados por un tal Chrestos»¹⁹, sugiere que el cristianismo estaba implantado sobre todo en los círculos judíos. Algunos años después, hacia el 58 d. C. aproximadamente, Pablo escribe una extensa carta de presentación, dirigida a la comunidad de Roma, una comunidad que él no ha fundado, y a la que quiere presentarse. Da la impresión de que en

¹⁸ R.E. Brown, *La comunidad del discípulo amado* (Salamanca 1983) 147-154. Véase la colaboración de J.O. Tuñi en este mismo volumen.

¹⁹ Suetonio, *Vita Claudii*, XXV, 4.

ella Pablo trata de sintonizar con unos problemas distintos a los de las comunidades fundadas por él. Ciertamente está mucho más presente todo lo relacionado con el judaísmo²⁰, y no deja de ser significativo que en esta carta desarrolle Pablo los temas esbozados en Gálatas, una carta probablemente relacionada con la misión petrina²¹.

Todos estos datos hacen bastante plausible la hipótesis de que el cristianismo de corte petrino haya jugado un papel muy importante en los orígenes de la comunidad cristiana de Roma.

Es de suponer que siendo Roma la capital del imperio, pronto llegaron a ella también misioneros cristianos portadores de otras tradiciones, y que todas ellas se fueron fusionando poco a poco. Este es, precisamente, el estado de cosas que refleja la primera carta de Pedro, dirigida desde Roma y en nombre de Pedro a algunas comunidades del norte de Asia Menor. Aunque la carta invoca la autoridad de Pedro, hay en ella una presencia innegable del pensamiento paulino²². Ambos hechos son significativos: por un lado el reconocimiento de la autoridad de Pedro, y por otro la relación entre la tradición petrina y la paulina, que a finales del siglo I d. C. es un hecho ya en Roma como se advierte claramente en 1 Clem²³.

Norte de Asia Menor

Como acabo de decir, 1 Pe fue escrita desde Roma bajo la autoridad de Pedro y tiene relación con el pensamiento paulino.

La carta se dirige «a los que viven como extranjeros dispersos por el Ponto, Galacia, Asia y Bitinia» (1 Pe 1,1). Por el contenido de la carta parece que se trata de gentiles convertidos al cristianismo, que viven su fe en una situación adversa. Quien se dirige a ellos, lo hace apoyado en la autoridad de Pedro ¿Por qué? ¿Será, quizás, porque fue Pedro, o emisarios suyos quienes evangelizaron aquella región? Antes de responder a estas preguntas anotemos algunos datos.

En primer lugar, todas estas regiones están situadas al norte de los límites de la misión paulina²⁴, precisamente en las regiones en las que, según Hch

²⁰ Se advierte en los temas tratados, especialmente en la extensa reflexión de Rom 9-10 sobre el destino de Israel.

²¹ Véase nota (24).

²² R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983) 128-139.

²³ En 1 Clem la relación entre Pedro y Pablo es manifiesta. Ambos aparecen unidos como grandes personajes de la iglesia de Roma. Véase H. Köster, *Introducción al NT* (Salamanca 1988) 815 y ss.

²⁴ Parece que la carta a los Gálatas se dirige a los habitantes de la provincia de Galacia, y no a los de la región del mismo nombre situada al norte. En cualquier caso, no deja de ser significativo que sea precisamente en esta carta donde Pablo explica sus relaciones con Pedro.

16,6-10 el Espíritu impidió a Pablo y a Bernabé entrar. ¿No será una velada forma de decir que estas regiones ya habían sido evangelizadas por el grupo de Pedro?²⁵ Pablo, siguiendo su costumbre de no construir sobre cimiento ajeno (Rom 15,20; 2 Cor 10,15-16), habría preferido dirigirse a Grecia y evitar así un conflicto semejante al que surgió entre él y Pedro en Antioquía. Finalmente es significativo que tres de los cinco nombres que aparecen en 1 Pe 1,1 (Capadocia, Ponto y Asia) se encuentren también en la lista Hch 2,9, una lista que parece contener las regiones evangelizadas desde Jerusalén²⁶.

Todos estos datos hacen pensar seriamente en una misión en la zona norte de Asia Menor, que pudo ser llevada a cabo por Pedro, o por otros misioneros vinculados a él. Lo más probable es que dicha misión se realizara desde Antioquía. De este modo se explica que algunos años después alguien se dirija a ellos desde Roma, invocando la autoridad de Pedro.

3. *Periodo Post-Apostólico (100-150 d. C.)*

Durante la tercera generación cristiana hacen su aparición una serie de escritos que reclaman la autoridad de Pedro: el Evangelio de Pedro, el Kerigma de Pedro, la segunda carta de Pedro y el Apocalipsis de Pedro. En otros escritos de esta época (la primera carta de Clemente y las cartas de Ignacio de Antioquía) se reclama directa o indirectamente dicha autoridad, para apoyar el cristianismo paulino. Finalmente, en los escritos pseudoclementinos, cuyo origen puede situarse en el siglo II d. C., se recurre a esta misma autoridad para reforzar la autoridad del judeo-cristianismo posterior. Todos estos escritos están relacionados con Siria o Roma, y pueden ayudarnos a esbozar la trayectoria de la tradición petrina en el período post-apostólico²⁷.

Dos de estos escritos, originarios de Siria (el Evangelio de Pedro y el Kerigma de Pedro), conservan la más antigua tradición petrina. El primero era conocido por una cita de Eusebio²⁸, según la cual el obispo Serapión de Antioquía conoció hacia el año 200 d. C. la existencia de un evangelio de Pedro que era utilizado por la comunidad de Rosos. En 1886 se descubrió en Akhim (Egipto) un fragmento de dicho evangelio que contiene gran parte

²⁵ R.E. Brown - J.P. Meier, *Antioch and Rome* (London 1983). Nota 277.

²⁶ Probablemente por el grupo de Pedro, que es el que posee un talante más misionero.

²⁷ T.V. Smith, *Petrine controversies in early Christianity. Attitudes towards Peter in christian writings of the first two centuries*. WUNT, 2 Reihe 15, (Tübingen 1985) 63. Sitúa la redacción de los principales pseudoejégrafos petrinus en Roma (1 Pe) Egipto (2 Pe y ApPe) y en Siria (EvPe).

²⁸ *Hist. Ecl.* VI, 12,2-6.

del relato de la pasión²⁹. Del Kerigma de Pedro, compuesto hacia el año 100, sólo se conserva algunos fragmentos en las obras de Clemente de Alejandría. Estas dos obras están centradas en la interpretación de la pasión de Jesús. Comparando el EvPe con los relatos de los evangelios canónicos, se llega a la conclusión de que la base de dicho evangelio, que se acoge a la autoridad de Pedro, es en parte independiente, y tal vez anterior a los evangelios canónicos³⁰. Así pues, una serie de escritos conservados en Siria, continúan la más antigua tradición petrina.

En otro de los escritos citados al principio, las pseudoclementinas, se advierte fácilmente una tendencia a utilizar la autoridad de Pedro para justificar el judeo-cristianismo. Aunque los escritos pseudoclementinos son posteriores, lo más probable es que su fuente hayan sido los «kerigmata Petrou», procedentes de Siria en el siglo II. En las pseudoclementinas se dice que la verdadera doctrina de Pedro fue enviada directamente a Santiago, que era la autoridad indiscutible para el judeo-cristianismo observante de la ley. En los discursos de Pedro se ataca a Pablo y se intenta desacreditar a los que consideran a Pedro como sucesor de Pablo en la misión a los gentiles³¹. Esto significa que probablemente una segunda rama de la tradición petrina, que intentaba relacionar a Pedro con Santiago, estuvo vinculada al judeo-cristianismo.

Sin embargo, la mayoría de los escritos de esta época relacionan a Pedro con Pablo, y los convierten en autoridades de orden eclesiástico. Ya hemos visto que este fenómeno comenzó a finales de la segunda generación cristiana con la 1 Pe y la 1 Clem, pero el testimonio más elocuente de esta vinculación entre Pedro y Pablo, como supremas autoridades de la iglesia católica, lo encontramos en las cartas de Ignacio de Antioquía³². El que se nombre conjuntamente a ambos apóstoles no es fácilmente explicable, si tenemos en cuenta su enfrentamiento en Antioquía (Gal 2,11-14), y la reivindicación de la autoridad de Pedro frente a la de Pablo, hecha por algunos grupos judeo-cristianos en Siria por esta misma época³³. Finalmente, la alusión a Pablo y a sus cartas en un escrito de esta época, puesto bajo la autoridad de Pedro (2 Pe 3,15-16) es un dato más de la relación que se estableció entre la tradición paulina y la petrina.

La vinculación entre ambas tradiciones, realizada simultáneamente en Roma y Antioquía, dió lugar a la tradición hegemónica de la gran iglesia

²⁹ A. de Santos Otero, *Los evangelios apócrifos* (Madrid 1963) 377, 380-393.

³⁰ Véase la comunicación de Miguel Rodríguez en este mismo volumen sobre el EvPe.

³¹ Véase la comunicación de Fernando Cuenca en este mismo volumen sobre los escritos pseudoclementinos.

³² Ignacio. Rom. IV, 3.

³³ H. Köster, *Introducción al NT* (Salamanca 1988) 818.

católica, cuyo centro geográfico fue, desde entonces, la capital del imperio. Frente a esta gran tradición se situaron las demás tendencias en una actitud polémica. Hemos hablado de los intentos del judeo-cristianismo por recuperar para sí la figura de Pedro, situándole en conflicto con Pablo (Pseudoclementinas), pero podríamos citar también la polémica antipetrina, característica común de los escritos gnósticos a finales del siglo II, que refleja la tensión de estos grupos con Roma, donde ya se había asentado definitivamente la gran tradición católica bajo la autoridad del binomio Pedro-Pablo.

Así pues, la geografía de la tradición petrina no sufrió modificación durante la época post-apostólica. Siria y Roma seguían siendo sus dos grandes centros. Lo que sí cambió fue la trayectoria de dicha tradición. La autoridad de Pedro se invocó entonces para justificar el judeo-cristiano y para sancionar la tradición paulina. De estas dos tendencias la que alcanzó más fortuna fue la segunda, culminando un proceso de diálogo iniciado ya en Antioquía y asentándose definitivamente en Roma.

Conclusión

En las páginas anteriores he procurado rastrear la trayectoria de la tradición petrina durante las tres primeras generaciones cristianas y delimitar su área geográfica de influencia en este período de tiempo. Llegado al final, resumiré así las conclusiones del mismo.

1. Puede decirse que en el primer siglo del cristianismo existió una tradición vinculada a Pedro. En sus orígenes, esta tradición se caracterizaba por unos contenidos teológicos centrales (el kerigma de la muerte y resurrección de Jesús, de las que Pedro era indiscutiblemente el testigo más autorizado), y por una postura intermedia entre la de Santiago y la de Pedro a la hora de resolver la cuestión de la vigencia de la Ley para los cristianos.

2. Pero esta tradición no se conservó nunca en estado puro, sino que se fue fusionando con otras tradiciones hasta dar lugar a la tradición hegemónica de la gran iglesia católica. La figura de Pedro aparece, cada vez más, como autoridad capaz de crear unidad dentro de la iglesia. Bajo esta autoridad se coloca primero la tradición joánica y después la de las iglesias paulinas.

3. Durante la primera generación cristiana la actividad misionera del mismo Pedro pone las bases de lo que será la geografía de la tradición petrina: Siria (especialmente la ciudad de Antioquía, donde Pedro estuvo un largo tiempo, y donde se afianzó el kerigma de la muerte y resurrección de Jesús), y Roma.

4. Durante la segunda generación cristiana la tradición petrina se fue consolidando y asentando en Siria y Roma. En la región de Siria la mayor parte de las tradiciones cristianas aceptaron la autoridad de Pedro (Mc, Mt, Jn 21), mientras en Roma se invocaba esta misma autoridad para dirigirse a otras comunidades (1 Pe). A finales del siglo I d. C. la memoria de Pedro aparece unida a la de Pablo (1 Clem) en Roma.

5. Finalmente, los escritos cristianos del siglo II d. C. revelan que, durante el período post-apostólico la autoridad de Pedro fue reclamada por tendencias opuestas. Si estos escritos reflejan la trayectoria petrina, podemos decir que ésta se escindió en tres ramas: una independiente, asentada en zonas rurales de Siria (EvPe); otra se unió al judeo-cristiano que no aceptaba la postura de las iglesias paulinas (Pseudoclementinas); y otra, probablemente la más amplia, que se unió a la tradición paulina, y dió lugar a la tradición de la gran iglesia católica³⁴.

³⁴ Véase la comunicación de Francisco de Lucas en este volumen sobre la Pistis Sophia.

LA FIGURA DE PEDRO EN EL EVANGELIO DE MARCOS

Antonio Rodríguez Carmona
Facultad de Teología. Granada

Los diversos documentos del NT dejan entrever que la figura de Pedro tuvo un relieve especial desde el primer momento de la comunidad cristiana, como muestra el análisis del vocabulario empleado para designarle¹, en el que destaca la denominación teológica *Κέφας*, que aparece en el credo citado en 1 Cor 15,3-5, considerado como el documento más antiguo del NT². El uso de *Κέφας* en 1 Cor y Gal sugiere que este nombre arameo era conocido durante la primera generación, incluso en las comunidades étnico-cristianas, fuera del ámbito lingüístico arameo, junto con la traducción griega

¹ Datos sobre el vocabulario petrino en el NT:

1) En documentos de la primera generación cristiana aparecen 11 referencias: 1x *Σίμων* (fórmula de fe citada por Lc 24,34), 8x *Κέφα* (1 Cor 1,12 3,22 9,5 15,5 Gal 1,18 2,9.11.14), 2x *Πέτρος*: Gal 2,7.8). En documentos de la segunda generación hay 188 referencias: 153x como *Πέτρος*, 21x como *Σίμων*, 11x como *Σίμων Πέτρος*, 2x como *Σιμεών*, 1x como *Κέφα*.

2) Uso de cada denominación:

- *Πέτρος*: 155x. 2x en documentos de la primera generación (Gal) y 153 en documentos de la segunda, en que se generaliza = 23x Mt (5x tomado de fuente propia M; 4x añade a fuente; 14x toma de Mc); 19x Mc; 19x Lc (3x tomado de fuente propia L; 7x añade a fuente; 9x toma de Mc); 56x Hch; 34x Jn; 1x 1 Pe.

- *Σίμων* 22x = 2x Mt (M); 7x Mc; 8x Lc (1x de Mc; 7x de L); 5x Jn, e.d. aparece en las catequesis narrativas de la 2ª generación cf Lc 24,34: alusión a fórmula de resurrección kerigmática;

- *Κέφα* 9x = 1x Jn; 8x Pablo, e.d. predomina en la 1ª generación;

- *Σιμεών* 2x = 1x Hch; 1x 2 Pe: exclusivo de la 2ª generación;

- *Σίμων Πέτρος* 11x = 1x Mt; 9x Jn; cf. *Σιμεών Πέτρος* 1x 2 Pe: exclusivo de la 2ª generación.

3) Fuentes:

- *Πέτρος*: Mc = 19x (fuente principal de los sinópticos). M o fuente propia de Mt = 5x. L o fuente propia de Lc = 3x. Hch = 56x. Pablo = 2x. Jn = 34x. 1 Pe y 2 Pe = 2x.

- *Σίμων*: Mc = 7x (fuente principal, junto con Jn). M = 2x. L = 7x. Jn = 7x.

- *Κέφα*: Pablo = 8x. Jn = 1x.

- *Σιμεών*: Hch = 1x; 2 Pe = 1x.

- *Σίμων Πέτρος*: Jn 9x. 2 Pe 1x.

² También es muy antigua la fórmula de fe citada por Lc 24,34, donde se le llama Simón.

Πέτρος cf. uso de ambas formas en Gálatas. Durante la segunda generación se multiplican las referencias y se generaliza el uso de la forma griega *Πέτρος*. En este fenómeno tuvo un papel destacado Mc, del que depende en gran medida la imagen sinóptica de Pedro. En este estudio se presenta la imagen petrina de Mc, se ofrecen las diversas interpretaciones que se le han dado y se intenta situarla geográficamente³.

I. Contenido de la imagen de Pedro.

1) *Origen de la relación con Jesús.* Mc presenta a Pedro unido a Jesús desde el primer momento. Su vocación es el primer acto del ministerio: después del bautismo de Jesús y del comienzo de la proclamación del Reino, Jesús le llama a su seguimiento, junto a su hermano Andrés (1,16: bis), mientras estaban trabajando en las redes, con la promesa de hacerlos pescadores de hombres; dejando las redes, le siguieron. Desde el primer momento, pues, la imagen de Pedro aparece en función de Jesús, de la proclamación del Reino y la «pesca de hombres», y unida a la de sus condiscípulos. La vocación de Simón y de sus compañeros es el primer signo de la presencia del Reino, cuya inminencia proclama Jesús.

2) *Testigo de Jesús.* A partir de este momento sigue a Jesús y es testigo de la proclamación del Reino y sus signos, junto con los otros llamados. Mc lo indica a menudo con un plural impersonal. Todos juntos entran en Cafarnaún y serán testigos de los signos iniciales realizados en ella (1,21). Se alude a su presencia en la sinagoga (cf 1,29) y van después a la casa de Simón y Andrés, donde Jesús cura a la suegra de Simón, al hablarles ellos de su situación (1,29-31). Junto a esto, Mc desde el primer momento presenta el motivo de la incompreensión de los discípulos: Al amanecer Simón y los que estaban con él buscan a Jesús, que se había ido a orar a un lugar desierto, le dicen que todos le buscan, pero Jesús les invita a ir a otras partes, pues para esto salió (1,35-38). Habla Simón, pero Jesús responde a todos, ya que Simón ha hablado en nombre de sus compañeros. Aparece así por vez primera otro motivo, el de Simón como portavoz del grupo. Sigue Mc con la presentación de la proclamación de Jesús y de la reacción farisea, pero sin mencionar explícitamente la presencia de Simón y los discípulos. En 3,9 Jesús pide a sus discípulos que le preparen una barca, a causa de la multitud que le oprime.

3) *Los Doce.* En 3,13-19 narra la elección de los Doce por libre iniciativa de Jesús con la doble finalidad de estar-con-él desde ahora y más adelante enviarles a proclamar y a compartir su poder para arrojar demonios. Al dar

³ En este trabajo se tiene muy presente el capítulo dedicado a este tema en la obra R.E. Brown - K.P. Donfried - J. Reumann, *Pedro en el Nuevo Testamento* (Santander 1976) 61-75.